

## MORENO, EL DE ZALAMEA

---

### I

*A Gonzalo Bilbao (\*).*

En el sosegado curso de aquella metódica é inalterable vida de la casa de mis abuelos, donde por mitad imperaban el más estrecho orden y observancia religiosa, casi monástica, y la más rigurosa etiqueta, produciase de vez en cuando una brusca y enorme desviación, un cambio tan insólito é increíble, como si la casa se volcase de improviso, techo abajo y cimientos arriba.

Era el caso, que en aquella ordenadísima y pulcra mesa del comedor de mis abuelos, donde por altos respetos á las reglas de urbanidad y á la blancura de los manteles no se nos consentía á los niños, no ya comer *con los mayores*,

---

(\*) Al ilustrar—para la revista *Hispania*, en que se publicó—el presente relato el lápiz del insigne autor de *La siega*, hizo una verdadera creación de la figura del protagonista; á Gonzalo Bilbao pertenece, pues, de derecho *Moreno el de Zalamea*.

pero ni poner las manos pecadoras, que solían escarbar en la tierra de las macetas y acariciar á los gatos; en aquella misma inaccesible y veneranda mesa, regalábase con frecuencia un rústico, un campesino, un patán—¡así como suena!,—el cual, tan pronto como sentaba las valientes y peludas zarpas sobre los manteles, daba al traste con la blancura de ellos y con todas las pragmáticas de urbanidad y buena crianza habidas y por haber.

Y esta singular perturbación del orden doméstico fue sin duda el motivo de que en mi imaginación infantil se grabase con trazos indelebles la imagen vigorosa del perturbador; porque empeñada mi curiosidad en buscar en su rústica persona cualidades que justificasen el inusitado honor que mis parientes le otorgaban, díme á estudiar y á desmenuzar con los ojos tan insistentemente aquella figura, que me la aprendí de memoria, y con tal ahinco, que en la memoria la tengo y la tendré siempre esculpida en alto relieve, como en el más duro bronce.

Desde que al apearse del sardesco macho, que arrendaba á los hierros de una ventana baja, tiraba enérgicamente de la campanilla de la *reja*, vibraba la casa con el alborozo, ruido y animación que por toda ella difundía su presencia. Al cruzar el patio, las escaleras falsas y ambas cocinas (baja y alta), iba derramando su largueza y jovialidad en cigarros para el mozo y en saludos y piropos, de buena ley, repartidos entre las sirvientas estables y las *allegadizas*, que tanto abundaban en aquella patriarcal vivienda andaluza.

Cuando su voluminosa persona y adherentes *atracaban* á la puerta del comedor, que era estrecha y baja, nos quedábamos á obscuras los de adentro.

—¡Dios guarde á ustedes!—saludaba el rústico desalojándose bruscamente de las alforjas, del capote y del fieltro, y entregando á la doncella el acostumbrado regalito, consistente, según la estación, en un puchero de sabroso *dulce de vendimia* (arrope), ó en una cesta de alibarados *damascos* (albaricoques), ó de ambarinas uvas cubiertas con anchas hojas de parra ó de higuera que, caldeadas por el sol, trascendían á savia fresca, con cuyo aroma y con el intenso de la fruta sazónada y el husmillo á caballeriza que la montura comunicaba al jinete, llenábase la pulcra estancia de acres emanaciones campestres, á las cuales se sumaba desagradablemente el tufo al humazo de tabaco de que estaban impregnadas las ropas de Moreno, que así se apellidaba nuestro honrado huésped.

El cual, una vez libre del capotón y del sombrero, mostraba haber sido todo *un real mozo*—porque ya pasaba de los cincuenta,—y ser todavía colorado y sano, como pero rondón, limpio como el oro, derecho como un huso, recio como una encina y arrogante como un atleta.

Tenía el magnífico y robusto tipo romano; cabeza pequeña, soberanamente plantada sobre torso agigantado y brioso. Y de su alma rebosaban la misma buena salud, placidez y hermosura que resplandecían en su cuerpo.

Era digno compatriota del más admirable de

los personajes calderonianos, y por serlo, le apellidábamos invariablemente *Moreno, el de Zalamea*, sin que llegase nunca á mi noticia su nombre de pila.

—¿Con que paisano del *Alcalde de Zalamea*, eh?—preguntó un día mi padre en tono halagüeño, y el buen hombre respondió candorosamente:

—No zeñó; hogaño l'arcarde é foraztero.

Ni sospechaba la existencia de *Pedro Crespo*, y sin embargo ¡se le parecía tanto! Mientras almorzaba, engullendó el par de huevos con chorizos, ó sorbiendo del tazón de café con leche, no cesaba de hablar de *aransás*, de olivos ó de *pan llevar*, de *garrotales* ó *estacás*, de la *simentera*, de la *cogía* y la molienda, del *ajorro* y del atraso, de la *contribución*, del *cabirido* (ayuntamiento), de *hipotecas*, *pagarés* y *desahucios*, con otras cosas de ese jaez, que para nosotros, los niños, era letra muerta y monserga insoportable.

Pero al andar de los años y al despertar de la reflexión, fuí yo advirtiendo en el buen Moreno cualidades que, poco á poco, me iban explicando la honrosa acogida que le dispensaban mis mayores.

Había en las groseras delicadezas—no hallo expresión más cabal,—en el rumboso desprendimiento, en la pura jovialidad, en el sano y comedido lenguaje, en la bizarra apostura, en el justo y recto pensar y en el siempre hidalgo proceder de aquel palurdo, una levadura tan fuerte y tan castiza de nobleza y caballerosidad, una tan alta distinción, aristocracia y señorío del alma, que rústico y todo, ga-

nas daban de vestirle una toga ó de colgarle una excelencia.

Nada, que aquel hombre parecía vaciado en la misma turquesa que el insigne *Pedro Crespo*. ¡Y hartó lo demostró!

## II

Los viajes de Moreno á Sevilla no guardaban periodicidad alguna, si no era en los dos términos críticos del año económico-rural, *por San Juan* y *por San Miguel*, en los cuales su llegada era fija, como la del sol en cada día.

Desde tiempo inmemorial, tenía el buen hombre en arrendamiento una casa, un olivar y un molino aceitero, propiedad todo ello de una tía nuestra; y en ambas fechas iba infaliblemente, bien á liquidar los alquileres, bien á pedir ó satisfacer algún adelanto, de los que para ayuda de la siembra ó de la recolección, de muy buena gana le facilitaba mi familia.

Fuera de aquellas épocas, sus visitas no tenían determinada, si bien solían ser numerosas, por serlo los asuntos que le llevaban á villa.

Pero el año á que me refiero, llegó el día de San Juan, y Moreno, por la primera vez, no acudió á casa de mis abuelos.

—¡Es extraño! ¿Estará enfermo? Acaso el desembolso que hizo para redimir á su hijo de las quintas le tiene alcanzado de fondos, y como es él tan caballero, no pudiendo pagar, no se atreve á presentarse.—Pensó mi familia, y temerosa de que se atribuyese á impaciencia

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 ALFONSO REYES  
 Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

interesada el cuidado afectuoso, no intentó inquirir inmediatamente la causa de aquella ausencia.

Pero transcurrió un mes y otro, llegó San Miguel y tampoco apareció Moreno. Entonces, ya la inquietud de mis parientes subió de punto. Escribieron á Zalamea y no obtuvieron contestación. Preguntaron al aperador del cortijo que unos amigos nuestros tenían en aquel pueblo, y ese respondió que Moreno había estado gravemente enfermo, que tenía grandes penas—no quiso expresar cuáles fuesen;—pero que á pesar de todo ello, sabía por él mismo que no tardaría en parecer por Sevilla.

Y en efecto, una mañana, de las últimas de aquel otoño, y sin que previamente le anunciase el alegre campanillazo y los bulliciosos saludos de costumbre, apareció Moreno, sin alforjas, ni capote, ni regalo, y casi sin alientos y sin voz, á la puerta del comedor de casa.

Saludó apresuradamente, disculpóse como pudo de la falta del obligado obsequio, arrojó á un rincón el ancho *pavero* y se dejó caer en la silla que acostumbraba á ocupar frontera de la puerta. Cuando al darle de lleno la luz pudimos ver su horrible demacración y rápido envejecimiento, fácilmente adivinamos que el mal que le acababa, más que en el cuerpo, debía residir en el espíritu.

Para disimular la mala impresión, todos preguntámos simultáneamente: —¿Qué ha sido eso? —¿Cómo no ha venido usted?

—¡Mírenme á la cara, zeñore!—contestó el labriego amargamente. Y cierto que su aspecto respondía por él con tan dolorosa elocuencia,

que nadie se atrevió á articular palabra. Entonces Moreno, dirigiéndose á mi tía, cuyo inquilino era, sacó de la faja unos billetes de Banco, diciendo:

—¡Ante todo, la obligación religiosa!—y entregó, casi por fuerza, los billetes á mi conmovida parienta, que no osaba recibirlos antes de conocer la situación del fidelísimo arrendatario.

—¡Ahora—suspiró éste,—gracias á Dios, ya nada debo, ma que mi cuerpo á la tierra que lo *yama* y mi arma ar Seño que la criól

—¿Se acuerdan ustede, zeñore—prosiguió rehaciéndose,—cuánto me costó *desidime* á redimí *ar niño* de la quinta? Po su mare lo jise, que no debiera, y mi corazón que es mú leá m'avisaba que aqueyo no iba erecho. ¿No zerví yo ar Rey y á la patria ¡y á mucha honra! zeñore? ¿Pa qué librá ar zeñorito? Pue... ¡pa su perdición y la mía!... Er mu zandio der *zagá z'enamoriscó* de una lambrija, de una cursilona *jambría*, que porque sirvió á una marquesa z'empeña en arrastrá *faralare* por los terrone de Zalamea. Y como z'enamoró, ze cazó, y comó —¡gracias ar mimo de su mare, ese hijo ha salío una *piesa de leva!*—ni er marío ni la mujé servían pa ganá una condená peseta, pero tenían *jumo* é zeñore, que—“Cuando la jormiga se quí perdé, alas le han de nasé.”—¿Y qué jisieron, zeñorita, si jasta er contálo m'abresa los labio!...—Aquí, el acongojado padre bajó la voz, y sólo pude percibir algunas palabras sueltas: *papeles falsos... chanchullos... escribano... justicia...* y por último, en voz alta:—¡Vamo que, á *güen componé*, ni un clavo ha queao en mi casa! ¡Y er bribón... er mal'arma é

mi Juan... En la carcel, zeñoritos... y por la drón! ¡Un hijo de este hombre! ¡Era pa matarle! Pero... como es mi hijo y... el único, y tan quería... Entre matarle ó morirme... ¿qué jase un pare?... Me muero yo, y me muero... de vergüenza, ¡María Santísima!

Y cubriéndose con ambas manos la cara, como si quisiera esconder á todo el mundo su rubor honrado, el gigante de Zalamea lloró como un niño.

De pronto se levantó, restregóse los ojos y sollozó débilmente:—¡Toda mi vía trabajando y pa esto!...

Entonces mi tía intentó devolverle sus billetes. El coloso se irguió de súbito y su noble semblante se tornó hosco, duro, casi amenazador:—¡Eso no, zeñorita!—dijo con ruda grandeza:—aún me quean mis mano pa ganarme er bocao de pan que necesite... ya pa mú poco tiempo!—Y recobrando su aspecto de viril resignación:—He sembrao en mala tierra, es verdad—dijo,—pero la cosecha que aquí se perdió... se recogerá ayá arriba!

Tomó el sombrero, revolvió dolorosamente la vista, como si lo contemplara todo por la postrera vez, y acabó por fijar en mi tía, en su señora, como él la llamaba, una mirada al par sostenida y asustadiza, que revelaba algo indefinible, como si el pobre enfermo del alma luchase con un anhelo que no se atreviese á formular.

Por fin, dió un paso hacia su protectora, la miró con expresión suplicante y balbuceó con voz ahogada:—¡Vaya, por despedía, zeñorita!

Y rápida, furtivamente, como quien comete

un delito, le tomó la diestra y se la estrechó llorando y haciéndonos llorar á todos.

Después salió como fugitivo de su audacia y y abochornado de su emoción.

### III

Y en efecto, poco tiempo después, el infeliz padre murió, como había dicho... ¡de vergüenza!

Aquella única familiaridad, aquel increíble atrevimiento del pobre campesino, ya decían bien á las claras que despedida tan solemne era la suprema. Sólo en tal ocasión hubiera él osado semejante desacato. Y sin embargo, su desacato sublime era todo un poema.

Siembre que oigo hablar de socialismo, se me aparece aquel grupo simbólico del labrador y su señora, con las manos asidas y los ojos llenos de lágrimas.

¡Plegue á Dios que no se acaben en España los señores cristianos y los rústicos de la estirpe de los *Crespos* y los *Morenos de Zalamea*!

## EL MOLINO DE LOS GELVES

---

### I

—“Medio *dia* era por filo...” pero medio día de los de Julio, de los fundentes y asfixiadores de mi tierra, y aun se emperraba el maldito aperador de los Vargas en enseñarnos aranzadas y más aranzadas de estacas, de olivos, de garrota, como si se hubiera propuesto no menos que mostrarnos todo el término olivare-ro de la archiolivífera tierra de Sanlúcar la Mayor. ¡Y llevábamos así andando y jadeando cuatro horas mortales, desde las ocho de la mañana!

Pero lo peor del caso era que á la mitad de un olivar, el gaznápiro aquel se nos plantaba y decía: Eyo é que estando ya aquí, á la vera junzartito na má! hay que vé loz olivo é D. Juan ó de D. Inasio—ó de quien á él se le antojaba—jaqueyo é gloria divina!

—¡No, si no queremos ver ni gloria, sino sombra, un asiento, agua; no podemos más!

—Ya... pero como aquí no vamo á queano, tenemo que buscá una zalia.

Y vuelta á subir y bajar por los surcos endurecidos y como petrificados de la tierra labrada por entre los olivos; y torna á saltar gaviás secas y á trepar vallados erizados de pitas, chumberas, zarzas y lentiscos, que nos enganchaban y arañaban lindamente al pasar. Y entre tanto, ni un jirón de sombra ni una mancha de verdura fresca y jugosa para alivio é ilusión de los ojos, hartos é inflamados de mirar arideces, ora se fijasen en la tierra arcillosa calcinada por el vivo sol, ya en las copas de los olivos verdipлата, de un tinte opaco, ceniciento, metálico, bello en los días otoñales, pero sin jugo ni frescura consoladora en los del estío, ora se volvíese á los troncos ásperos, terrosos, retorcidos, agujereados, comidos por el sol y con las cortezas despellejadas, rugosas, agrietadas como labios de sedientos.

Aquello era un suplicio dantesco, un baño en plomo derretido, una inyección de sol por cada poro; y la sangre ardía, hormigueaba, picaba, bullía y golpeaba furiosamente las sienas, que amenazaban estallar á la presión violentísima.

En semejante estado de asfixia no hay que decir con qué júbilo, con qué loco alborozo divisamos el bienhechor oasis metamorfoseado en alto molino que, envuelto entre arbustos floridos y copudos frutales, se nos apareció á la vuelta de un cerro mondo y pelado.

—¡Vele ahí mesmito, er *molino de los Gelves*, er que yo esía endenantel!—vociferó señalándole con el peludo índice el bruto del aperador, agregando este para nosotros deleitoso convite:—Si quién lo zeñore entrá y refrescase, no le fartará un lebríyo é gaspacho é loj que jase la

señá Remedio, que loz memo querubine se chupan lo deo zi yegan á prebalol!

—Y cierto que si los querubines hubieran podido tomar el soleo que llevábamos encima, no se vuelven allá arriba sin refrigerarse antes con un platito del bienaventurado gaspacho.

¡Qué caricia de frescura y de sombra reparadora la que sentimos al penetrar en el molino recién aljofifado, sombrío y deliciosamente silencioso!

Y cuando nuestros ojos se acostumbraron á ver dentro de aquella húmeda obscuridad, ¡qué cuadro digno de la pluma de los grandes costumbristas el que se ofreció á nuestra contemplación profana!

El molino, de antigua y robusta construcción, constaba de cuatro macizos murallones de mampostería, sobre los cuales gravitaba enorme y negra armadura de madera al descubier to por dentro y protegida al exterior por viejo tejado puntiagudo, según habíamos visto desde el campo. Entre el viguerío de la armadura por donde pasaba en rayos oblicuos la luz que de altos ventanones caía, albergábase un pueblo de golondrinas y gorriones que con sus píos y aleteos alegraba el blando silencio del apacible interior. Era éste obscuro en toda su dilatada extensión, como de nave de iglesia ó claustro conventual, y más obscuro aún en los ángulos y en algunos planos donde no alcanzaban los sesgos rayos que de los ventanales venían; pero delante de la puerta, que era el paraje en que nos encontrábamos, hacíase un gran claro de luz verdosa y tibia, salpicada á trechos de sombras movibles y de diversa intensidad, como

proyectadas por las flotantes blondas de la parra que entoldaba la entrada del molino. En lo interior de él, muy á la izquierda y en plena sombra, vimos esbozarse primero y acentuarse y surgir poco á poco de la obscuridad, algo que al pronto nos pareció siniestro cadalso ó máquina de tortura, y luego distinguimos claramente ser la enorme piedra cónica, el verdadero molino, que reposaba en su negro embudo granítico, aguardando la animada estación de la molienda.

En esto llegó, traído por el aperador, el molinero, señó Pedro Gelves, como desde antiguo apellidaban á los miembros de aquella familia, por ser oriunda del ribereño pueblo de aquel nombre—el del famoso *bicho*, que no sabemos qué clase de animal fuese.—Del lugar de Gelves veníale á la casta del señó Pedro el apellido y de éste tomaba el molino su denominación, conocida ya en el contorno desde el tiempo de los franceses.

Al molinero, por su elevadísima estatura, llamábanle también en Sanlúcar y aledaños *señó Pedro er gigante*. Todo esto nos dijo, á modo de *presentación*, el aperador. En efecto, el señó Pedro justificaba cumplidamente su apodo, porque era un verdadero coloso, no tan grueso en proporción como alto, pero bien acompañado de carnes, ancho de hombros, de manos y de pies, recio de torso, y, aunque más que cincuentón y muy rucio de pelo, ágil de remos, derecho y *bien plantao* todavía. En cuanto á la cara, tenía franca, expresiva y noble, como la pedía *er geníá* que nos trazó el aperador para completar la presentación en dos brochazos.

—“Aquí onde usté le ven, con toita esa fachá, este hombre no tié jíe pa naide, e¡ un cordero. Yo lo tengo encomparao á la piedrota eza der molino, tan grandona, tan grandona y tan bien *maquiná* qu'un chiquiyo la maneja con er deo meñique.”

Y entró la molinera; ¡qué mujer, María Santísima! La verdad es que, como decía el aperador al presentarla:—“¡De eso no se cría má que en la tierra é la Girarda! ¡Como que es nasía en la mesma Triana, á la verita é la güerta é lo Remedio, y por eso le pusieron ese nombre!”

Y cierto que no se sabía qué admirar más en aquella acabadísima persona, si los colores de trigo y fuego de su tez morena y sedosa, el brillo fascinador de sus ojos de llama dormidos bajo los rayos de sombra de sus pestañas, la fréscura jugosa de sus labios turgentes y encendidos como guindas, el rebrillar de los níveos dientes cuando hablaba, la cerrada negrura de la mata de pelo que en ondas lustrosas azuleaba sobre el tostado cuello mal velado por rojo pañizuelo de percal floreado de blanco; no se sabía cuál era mayor belleza, si la de todas aquellas perfecciones y la armoniosa proporción de su cuerpo de estatua, ó *el no se qué*, la gracia, el encanto, el prestigio de hechicera gitana que se desprendía del andar, del hablar, del reir, del moverse, del sér entero de aquella hembra perturbadora, irresistible, casi siniestra, como dotada de poder extraño, de cosa del otro mundo, que envenena y roba el albedrío con filtros y conjuros de magia negra. Por fuerza aquella mujer era gitana.

Mientras así pensaba yo, Remedios, con los

morenos brazos desnudos y tremolando airosamente al moverse la blanca falda almidonada que la envolvía como nube, aliñaba el gazpacho machacando sal, ajos, tomate y pimiento verde en el dornillo de madera, y agregándole miga de pan y aceite en abundancia *sobaba el majao*, desmigajaba media telera en el pintarrajado barreño trianero, volcaba encima el contenido del dornillo, derramaba sobre todo ello buen golpe de agua fresca de un cántaro que tomó de un rincón, revolvía con una cuchara de madera el sonrosado caldo en que nadaban trozos de tomate, de pepino y de cebolla, y, acercándose la cuchara á los labios, sorbía levemente, y aprobando con el gesto su obra, convidábanos á gustar de ella con un saladísimo "Ajajá; señore, al avío", que nos hizo agua todo el paladar. Y no sé si fue la sed y el ánsia que de aquel refrigerio teníamos; pero lo cierto es que en mi vida probé gazpacho más fresco, sabroso y bien sazonado.

Aún estábamos tomándolo cuando entró Manuel, el ahijado del molinero, un mozo alto, moreno, gallardísimo, ¡guapo de veras!

Por el aperador supimos luego—cuando con la fresca salimos del molino en busca del coche para volvernos á Sevilla—que el señor Pedro, que era güeno como er pan de Dio, había recogido á Manuel recién nacido y huérfano y le había criado como á hijo y como á hijo le quería; y que no hizo menos con Remedios, que, en efecto, era gitana, por lo cual habíase opuesto furiosamente al casamiento la parentela toda de los Gelves, que tenía por la mayor deshonra el entroncar con semejante casta; pero que el

señó Pedro, "que quería á la mōsa con lo reaño del arma, había echao por medio, isiendo que en casándose er con eya vadría tanto como la primé zeñora, cuantimá que eya era cristiana y honrá de suyo y en el mirá de sus ojo tenía má noblesa y señorío que toititas las emperatrise junta. Asina é que como é l'ha jecho presona y l'ha dao er sé que tiene, y como eya é tan mosa y er va pa viejo... la quiere como mario, como padre, y con toito lo querere junto".

Pero, volviendo al molino, debo decir que, apurado el delicioso gazpacho, quiso el molinero hacernos los honores de su rústico palacio, y nos enseñó la casa en que él y su Remedios vivían, á espaldas de la entrada del molino, y con anchas ventanas que rebosaban flores, mirando hacia el camino de Sanlúcar; y vueltos á la gran estancia en que reposamos, y abierta una angosta puerta que frontera de la ancha de entrada había, nos introdujo en la otra nave de aquella especie de tosca y lúgubre iglesia; nave aún más estrecha y encallejonada que la primera y que recibía como ella la luz de arriba; y para que se pareciese más á una iglesia, tenía elevada tribuna con escalerilla y barandal de madera, en todo semejante á un coro alto ó tribuna de órgano. Pero lo quedaba á la nave sombría su aspecto especial y característico, era la gran viga, la enorme viga armada que diagonalmente cruzaba aquel callejón de alto á bajo, partiendo de la tribuna y viniendo á dar cerca del otro extremo y próxima al suelo. Aquel verdadero gigantesco que tenía trazas de catapulta ó ariete formidable, era la gran prensa del antiguo sistema, la *viga de lagar ó de sangre*.

Varios jayanes colocados en la tribuna hacían girar la enorme palanca de la prensa, con cuyo impulso el ingente madero iba cayendo con fuerza pulverizadora sobre las haces de capachos entre los cuales previamente se colocaba, alternando con cada uno de ellos densa capa de orujo, con mayor propiedad *vianda*, que así llaman los del oficio á la aceituna triturada ya con la piedra.

Caía la viga, "¡y qué juersa no mandaría la condená cuando er primer orujo onde otavía estaban vivitos el hollejo, el hueso y la pulpa, queaba consumío como un arrope y más masioso y apretao que er pan d'Arcalá ó el jabón de Mora!"

Todo esto nos explicó en su hablar ceceoso, vivo y singularmente pintoresco el señó Pedro —¡no le hablaran á él de prensas de hierro ni de maquinarias de extranjis!,— animándonos con empeño á que fuésemos en día de molienda:—"Entonse—decía—entonse é cuando tié que vé mi molino; entonse resusita, y paese que habla y resueya por toita su piedra; ahora está como cuerpo sin arma. ¡Vengan usté pa'r tiempó é la faena y verán qué *abolengo* se arma de trabajo y de jolgorio!"

Tal era el molino de los Gelves: y tan grata la impresión que de él conservábamos, que ya nos disponíamos á aceptar el convite del señó Pedro, yéndonos á pasar allí un día de molienda, cuando acontecieron en él los gravísimos sucesos que me atrevo á referir como testigo presencial, y que fueron causa de que jamás se borrara de mi memoria el escenario de aquel drama.

## II

Nubes de zorzales envolvían el molino atraídos por el olor de la aceituna nueva, que sin cesar descargaban á su puerta, de las carretas y recuas de mulas que no bastaban aquel año al acarreo del codiciado fruto. Por las gavias de los vallados cercanos corría en oscuros y fétidos arroyales el alpechín, que de continuo fluía bajo la piedra siempre en movimiento, y caía á las gavias por los negros vertederos. La chimenea del molino humeaba como nunca, y de sus altas ventanas salía de noche luz, y á toda hora tumulto de voces y silbidos, cantos y risas varoniles. De vez en cuando arreciaba el barullo; sentíanse agrios y continuos chirridos; duro pataleo de gañanes en las tablas de la *tribuna*; fuertes voces de mando del señó Pedro ó de su *segundo*, Manuel, y luego gritos, jadeos, interjecciones y crujidos; señales de que *cargaban la viga*, ó de que ésta se iba descargando.

Era que, según la gráfica expresión de su dueño, el molino había resucitado, y se agitaba, traginaba, latía, hablaba y respiraba por todo su organismo poderoso.

Todo era en él vida, movimiento, zambra y escarceo. Pero... ¿qué tenía el señó Pedro, él que siempre fue el alma del molino, el nervio de la faena, el corazón de aquel cuerpo de gigante? Nada y mucho, sin duda. Nada, puesto que no paraba ni dejaba de dar órdenes, ni de acudir solícito allí donde era más necesaria su

presencia, ni de madrugar antes que el alba, ni de vigilar asiduamente los más nimios pormenores de la molienda.

Mucho, puesto que su voz sonaba sorda y cavernosa, sus ojos miraban sin luz ó fulminaban con súbito centelleo; y entre sus dientes, blancos y apretados todavía, no estallaban ya nunca aquellas francas y estrepitosas carcajadas tan frecuentes en él en los días de su mayor alborozo, en los días de faena.

Pero lo más extraño era que á Manuel le sucedía otro tanto. Él siempre tan listo, tan alegre y decidor, tan activo y mandón y tan animado de vivo celo por la hacienda de su padrino, este año parecía tonto. Estaba mudo, inquieto, desvaído, y como acobardado y torpe para todo. Y el caso era que entre padrino y ahijado no había pasado nada, ni el más leve rozamiento. Ambos se querían, se hablaban, auxiliábanse y se consultaban para todo. Lo que no hacían desde el principio de la molienda era mirarse muy de frente. ¿Por qué...?

En cambio, Remedios parecía más alegre, más cantadora y reidora, más hechicera, más bonita, más gitana y más temible que nunca.

Si algo sucedió entre ellos, nadie lo supo; lo cierto fue que una tarde, al final de la molienda, cuando ya no se velaba ni se madrugaba tanto, y apenas si quedaba aceituna entera ni tarea para dos días, el señor Pedro dijo á Remedios con mayor seriedad de la que solía mostrar con ella: "Óyeme bien lo que te digo: ar só puesto hay que serrarlo y atrancarlo tó, porque tengo que díme ar cortijo é lo Varga, y como pué que d'ayí m'alargue á otra parte y me en-

tretenga, me yevo la yave de casa, y no me esperes jasta muy entrao er día."

—¿Vas de cuentas?—preguntóle tímidamente Remedios.

—Voy de negosio y de camino... ¡por sierto! bájame las *tarjas* que están en el arca grande.

La tarja es una vara sin descortezar, cortada diagonalmente en dos mitades, de las que una guarda el molinero y otra el trabajador; cada cual por su parte va marcando á punta de navaja, y con signos convenidos, en su media tarja los días y las semanas vencidas, y para ajustar cuentas se integra la tarja y se confrontan las cifras. No hay otras matemáticas posibles para aquellos patanes.

Hízose todo como el señor Pedro lo previno, y cuando el sol se ponía enrojeciendo los pálidos olivares, el molinero cabalgaba en su jaca negra, vereda adelante, hacia el cortijo de los Vargas.

## III

Alboreaba apenas, y apenas por cercas y bardales comenzaban los gallos á pregonar el día, cuando, como centinela que repite el jaler-tal lejano, sacó el gallo del molino la crestuda cabeza por el ventanuco del gallinero, y soltó al aire las resonantes notas de su rural diana saludadora del sol.

Su voz penetrante como la de un clarín guerrero despertó sin duda á las gentes que dormían en la casa, porque á poco de la estrepitosa llamada, abrióse de golpe una de las venta-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO RÍOS"  
Aptos. 1023 MONTERREY, MEXICO

nas que daban al camino de Sanlúcar—la de la alcoba del matrimonio,—y por ella asomó primero una cabeza varonil, cubierta de negros y revueltos rizos, luego el recio busto á que pertenecía la cabeza, y después todo el cuerpo de un hombre mozo, alto, arrogante.

Montado en el poyo de la ventana exploró ansiosamente con la vista el camino solitario, y ágilmente se asió á las ramas despojadas de una higuera, cuya copa se apoyaba contra el muro; dos brazos desnudos, y tan morenos como de hembra gitana, asieron el torso del hombre como para sostenerle; volvióse él, y junto á su cabeza se dibujó, á la tibia luz, otra cabeza envuelta en larga melena... Por el tupido bosque que frente á la casa y á la vera del vallado formaban, enredándose con las pitas y chumberas, las zarzamoras y lentiscos, oyóse brusco ruido, y corrió largo estremecimiento, como el que produce la carrera del perro cazador persiguiendo la pieza por entre los jarales.

El mozo de la ventana vaciló un momento, pero después, deslizándose por las desnudas ramas de la higuera, saltó á tierra. Era Manuel: pálido, y con la respiración anhelosa, se acercó al bosque, separó las ramas, miró, escuchó, y como nada viese ni oyera, más tranquilo y rehecho tornó á cruzar al otro lado, dió la vuelta al molino—que no se comunicaba con la casa,—y abriendo la puerta principal con llave, que guardaba, entró, y pronto se oyó dentro el ruido preliminar de las faenas.

## IV

Poco á poco fueron llegando los trabajadores, marsellés al hombro y telera bajo el brazo; vinieron después los arrieros con las bestias de vacío y cubiertas de lacias odres para henchirlas del aceite nuevo; y al cabo, por la vereda del cortijo de los Vargas, se vió avanzar á trote largo en su jaca *Morena* al señor Pedro.

Saltó á tierra ligero y seguro como á los veinte años, entró en el molino y comenzó á mandar la maniobra y á trabajar afanoso como siempre.

Sin embargo, aquel día sucedíale algo, no parecía el mismo; ni subió siquiera á ver á su Remedios, después de pasar la noche fuera de casa. ¿Cuándo había él hecho eso? Además estaba tan pálido; tan pálido, que su frente, su nariz, su cara, parecían de cera transparente y en torno á sus ojos se extendían dos halos cárdenos, sombríos, casi negros, que se prolongaban hacia la boca; creeríase que, según gráficamente dicen allí, tenía marcada en el semblante la *herradura de la muerte*.

Desde que Manuel le vió entrar con aquella cara, no hacía cosa con acierto ni hablaba palabra con sentido ni se atrevía á mirarle ni acertaba á separar de él los ojos que, tímidos y de soslayo, le veían y le seguían inquietos, asustados.

Remedios, por su parte, bajó también alarmada y recelosa ante aquel retraimiento de su marido; pero al mirarle la cara, cohibida, des-

concertada, temerosa, abultó los quehaceres de Pedro, protestando de no querer entretenerle; además ¡tenía ella arriba tal bataola de limpieza! Y se volvió á subir, temblando la hora de la comida, frente á frente con Pedro y con Manuel.

Avanzada ya la mañana, y como el señor Pedro, que desde la víspera no probaba bocado ni sueño, se apoyase de pronto en el muro para no caer, Manuel no pudo dominarse, y con ansia, con miedo, con llanto de remordimiento y de ternura en la voz, le preguntó:

—¿Se ha puesto usted malo, padrino?

—¡Estoy mejor que nunca!—respondió señor Pedro con tono tan duro, terminante y amenazador, que atajó en seco la palabra y casi el alentar del desconcertado mozo.

Pero después nada aconteció. Siguiéron ordenadamente los trabajos del día; y antes de las doce, hora de comer, mandó señor Pedro cargar la viga, para un segundo *aprieto, á toda fuerza*. Objetaron los cargadores que apenas si había motivo para ello, porque, en efecto, nunca estuvieron más bajas las pilas de capachos entreverados de orujo; pero señor Pedro repitióles con mayor imperio la orden; mandó que les repartiesen el aguardiente guardado para tales casos, y volviéndose á ellos les gritó:

—Po lo mesmo que las pilas suben poco, la viga tié que bajá más y jasen farta mucho puño. ¡Conque purso y jalá de firme! ¡Venga!

—¡Juuuuisa!—clamaron á compás los de la prensa, y comenzó el chirriar de la tuerca.

La nave sombría tomó el aspecto de un barco de vela en maniobras; todo contribuía á tal

semejanza, la forma del local, las siluetas de los palos, barandillas y escaleras de la tribuna, el trajín de los hombres medio desnudos, el tronar de la voz de mando, que repetía “¡Venga, venga!” y el bufar y el jadear anheloso de la gente. Por fin la nave comenzó á trepidar, se oyó recio crujir prolongado y agrio, y la viga, la enorme viga, comenzó á descender lenta, pesadamente.

Entonces el señor Pedro, encarándose con Manuel y mostrándole un charco de aceite que junto á los capachos había, díjole con voz alterada:

—¿No te paese que hogaño va mu claro el aceite?

Manuel hallaba el jugo de la aceituna tan dorado y oleoso como siempre; pero sorprendido por aquella extraña salida, y no osando contradecir á su padrino, respondió:

—Sí, señor; claro va este año.

—¡Po hay que darle coló y que espesarlo!—rugió con voz ronca y ahogada el molinero, y asiendo del cuello á Manuel con ímpetu y garras de tigre, lo tumbó de golpe sobre el montón de capachos, á punto que la viga, crujiendo y haciendo trepidar el molino, bajaba, se venía encima, iba á caer como tremenda catapulta sobre la pila y sobre el mozo, á quien tenían enclavado en ella dos manos de hierro las trágicas manos de la venganza. Y como Manuel, viendo horrorizado decrecer el espacio entre el madero y su cabeza, hiciese desesperado esfuerzo por desasirse del gigante, éste le oprimió tan frenéticamente el cuello, que se sintió un crujido siniestro y el singulto sofocado de la estrangulación.

—¡Jalá, jalá, muchachos, venga, venga!—voceó señor Pedro á la gente, que lejos, abrazada á la palanca y concentrada en su esfuerzo, ni veía ni hubiera sospechado jamás tal escena entre padrino y ahijado.

Nuevo redoble de patadas y jadeos y un estallido de interjecciones y blasfemias acusaron un último brutal esfuerzo de los jayanes.

Y la viga bajó de firme á tiempo que el señor Pedro, lanzándose fuera de su alcance, gritaba con toda la fuerza de sus pulmones, acercando la cabeza á un ventanillo que caía al pie de su casa:

—¡Remedios, Remedios, baja!

Y el madero, ingente como ariete formidable, gravitaba sobre el cuerpo agonizante de Manuel... Y se oyó un gemido espantoso, oyóse crujir de huesos partidos y de músculos magullados deshechos; y saltar, chorrear, volcarse de golpe toda la sangre de un cuerpo humano.

¡Aquella justicia salvaje era el bárbaro desquite de una vida de amor y de abnegación tan mal pagados!

## LA CASA Á FLOTE

### I

La condesa Clara, como familiarmente llamaban mis paisanos á la ilustre de Soto-Lindes, duquesa de Albaflorida, heredera por su casa de los más ínclitos blasones andaluces y entroncada por la de su marido en la flor de la grandeza castellana, juntaba á las dos coronas de su escudo otra inmaterial y eterna que parecía esplender en torno de su cabeza rubia. Era una santa, y todos, empezando por el conde, inclinábanse respetuosamente delante de aquella virtud coronada. Por su caridad inagotable la llamaban con justicia los sevillanos *la madre de los pobres*, título que ella estimaba en más que todos los de su histórica nobleza.

En 1876 merecían por infelices la predilección de la condesa Clara, Curro, un pobre mozo de veintidós años á quien consumía la tisis, y Salud, su mujer, que se hallaba próxima á dar á luz su primer hijo. Curro era zapatero, y cuando se casó ganaba buen jornal; pero como la tos y las fiebres imponíanle continuas paradas, pronto se vió falto de recursos y obligado á re-